

DOMINGO PÉREZ MINIK

UN MODELO DE INSULAR, CIEN AÑOS DESPUÉS DE SU NACIMIENTO

FERNANDO DELGADO

domingo perez min
nota lit
de sir w

habíamos esperado en
citar una sola línea
teoría de la muerte de
nada escrito, desde
partición renuncia a
las fronteras del mundo
a la laguna del no
desperdicio los esta
abajo — ya en zona
no flechas, disparadas
los lugares encorras,
hay dos sentinas rodó
centenario 1922-1922
la palabra de lo olic
ases al cabo de los
académica. No la si
one a sí misma, desde, a
buena, en el continuo
centenario en la unive
los nuevos mundos en
nidos inmensos de los
ha llegado en silencio.

HOMENAJE



Nuestro insular, llamado Domingo Pérez Hernández y conocido después como Pérez Minik, era un verdadero doctor en las ciencias de la insularidad. Orgulloso de la casa, sí, pero consciente de que ninguna casa es —y, por supuesto, ninguna ciudad, ningún pueblo, ninguna isla, ningún país— el ombligo del mundo. Reivindicar lo nuestro, el humilde legado de nuestros aborígenes, el grito de la dignidad que, por ejemplo, lleva a la muerte antes que a la rendición al mítico Tanausú de la isla de La Palma, o el legado de nuestros ancestros, herederos de conquistadores los más, con sus aciertos y sus crímenes, nos debe permitir reconocernos en nuestro mestizaje más que enclaustrarnos en una endogamia pueril y peligrosa.

Porque ser insular es una manera distinta de ser, y ser canario otro modo de diferenciarse, y ser tinerfeño matiza ya la condición de canario. Pero ninguna de estas formas de reconocimiento implican en modo alguno maneras de ignorar nuestro papel en el mundo y nuestra visión de quiénes somos en relación con los demás, ni de cómo son ellos, los otros españoles, los otros europeos, los otros africanos o los otros ciudadanos del mundo. Porque un insular es un individuo peligroso, pero no un mezquino, un insular es el hijo de una geografía, que lo tienta, que le puede siempre, pero nunca fue un xenófobo, un racista o un aislacionista de cualquier laya. No somos una gente que se afianza en lo propio para defender intereses coyunturales, que hoy valen y mañana no. Esa es la política del aldeanismo que sirve a los intereses inmobiliarios, anticológicos y caciquiles y que mueve a un pueblo detrás de banderas fanáticas para que el bienestar, al fin, sea de los mismos, de los poderosos. Un peligroso proceso que lleva a veces, como se ve ahora en el mundo global, a las deleznales luchas étnicas, a la xenofobia y al racismo. A quienes pretenden hacer uso de nuestra identidad como bandera de reclamo con pretensiones excluyentes se les podría recordar qué es lo que Domingo Pérez Minik —un canario universal,



independiente como una peña, indócil, ecuménico y solidario— entendía que era la condición humana del insular. Lo dijo fijándose en los canarios y nos definió con las pinceladas de los hombres que miran por encima de las subrepticias y oportunistas contemplaciones de las políticas de campanario. Hoy, por esto, y porque nuestras islas están huérfanas de referencias morales como las conductas de Pérez Minik y otros contemporáneos suyos, tales como Pedro García Cabrera o Eduardo Westerdahl, irreductibles en su lucha por la libertad cuando no la teníamos, recuerdo a quién se preguntó por nuestra condición y supo responderse para respondernos.

Yo me he preguntado más de una vez, y especialmente cuando murió, cómo hubiera sido Domingo Pérez Minik de no haber nacido y, sobre todo, vivido en su isla. La pregunta puede resultar ingenua como todas las que encierran hipótesis tan absurdas. La suscita, sin embargo, el hecho de que uno advierta una contradicción aparente entre su orgullo insular, siempre ostentado, y un inveterado cosmopolitismo que lo hace aparecer a veces como el resignado habitante de un destierro.

Este desterrado nos da algunas claves. Porque Domingo Pérez Minik escribió su ensayo sobre los insulares, contenido en su libro *Isla y literatura*, más para explicarse a sí mismo que para explicar a los otros. Así, tras expresar que “la geografía determina en los habitantes de todas las islas su sentido

de la independencia”, aclara que “si la independencia del hombre constituye la sustancia de su espíritu, hemos de admitir que aquélla no se verifica sino a través de una fuerte actividad”.

Vemos, pues, en este manifiesto, cruzado de autobiografía, la relación amor-odio que Domingo establece con su espacio, la exigencia de lucha que presenta esa relación y la independencia, su independencia, el logro de un valor esencial para entenderlo como hombre y como escritor.

“No existe en la naturaleza —dice él— ningún lugar más cargado de riesgos para la independencia de la criatura humana que una isla”. La existencia de este peligro alertó siempre la conciencia civil de Domingo Pérez Minik y puso a salvo su sensibilidad de hombre que detesta todas las posiciones culturales aldeanas. Salvó todos los riesgos, incluso el del narcisismo que él atribuye a los habitantes de las islas, e hizo de su activa revisión del mundo y de la historia una privilegiada plataforma, el observatorio de un solitario —“nuestro insular es ese hombre que cuando se queda a solas canta”— igualmente ajeno a los estériles corrillos e intereses metropolitanos donde se compran y se venden las independencias.

Domingo Pérez Minik nació en una familia de comerciantes de la burguesía de Santa Cruz de Tenerife, entonces pequeña capital de la isla. La pronta pérdida del padre lo hizo un trabajador temprano y le impidió el camino natural a las aulas universitarias. Esta



circunstancia hizo de él un autodidacta y el autodidacta fue un curioso incansable que transitó por las bibliotecas y las hemerotecas sin los prejuicios de las academias y fortaleciendo su propia reflexión. El autodidacta en estado puro es, con frecuencia, un subversivo y esta capacidad de subversión es una de las condiciones que lo acercó a otro autodidacta, más snob que él y de sensibilidad extremada, que fue Eduardo Westerdahl. Tenían en común el rechazo por los nacionalismos culturales y los ojos despiertos a las culturas sin fronteras, sentían la necesidad de ir lejos para interpretarse mejor.

Así nació aquella aventura apasionante de *Gaceta de Arte* en los años de la República, un ágora en la que las ideas libres se juntaban, una experiencia que definía el talante excepcional de aquellos hombres y, naturalmente, de nuestro Pérez Minik. “Creemos movernos entre naciones —escriben en el primer número de la revista—. Ser islas en el mar Atlántico (Mar de la Cultura) es apresar una idea occidental y gustarla, hacerla propia despacio, convertirla en sentimiento”.

En esa línea de pensamiento se movió hasta la muerte Domingo Pérez Minik y fecundar esa actitud llevaba consigo ser un verdadero gallo de pelea, como razonablemente se le ha llamado. Porque él era la negación de un dogmático, pero, eso sí, fue siempre un hombre de convicciones firmes. “Hubo siempre una voluntad de pelea”, declara en su libro *Facción española surrealista*

de Tenerife, que constituye una de sus obras mejor escritas.

La dramática Guerra Civil acabaría con aquella aventura de libertad creadora que fue *Gaceta de Arte* y su actitud beligerante lo llevaría a la cárcel y, después, al exilio y al silencio en su propia tierra. Sin embargo, el dolor que le ocasionó la vivencia de una historia que no acabó de entender nunca —él jamás se identificó mucho con estos españoles que crucificaban la razón— no hizo otra cosa que exacerbar la independencia crítica de su espíritu. Su condición de hombre comprometido, incluso políticamente, fiero como un león a la hora de defender su claro sentido de la justicia, lo llevó a militar en el Partido Socialista Obrero Español y, ajeno a cualquier tipo de sectarismo, actuó siempre con la coherencia de sus ideas, respetuoso con todos en la línea de tolerancia que no abandonó jamás, a pesar de su condición de polemista irreductible; de alegador, como le gustaba llamar y llamarse, incansable.

A Domingo Pérez Minik se le suele asociar a los vanguardistas de su época y fue, efectivamente, un defensor de las vanguardias. Esta defensa de las vanguardias constituyó en él, no obstante, más que una consecuencia de identificación profunda con los surrealistas, por ejemplo, un resultado de su espíritu subversivo y de su amor por la libertad. Porque, en realidad, yo me atrevería a decir que Pérez Minik albergaba algún que otro recelo frente al vanguardismo y, dotado de una extraordinaria sensi-





De izq. a dcha., Domingo Pérez Minik, Juan Márquez, Domingo López, Agustín Espinosa y Emeterio Gutiérrez

bilidad, era un racionalista crítico. Además, eso sí, de un progresista en toda regla, atento a la dinámica de la historia y despreciativo con los pazguatos.

Semejante conducta contó con el riesgo de la vida y, desde luego, con la condena del silencio. Un silencio del que escapó cuantas veces pudo. Lo hizo, por ejemplo, a través de sus *Debates sobre el teatro español contemporáneo*, un resultado de su afán por saltarse las barreras de la isla y poner en claro lo que podía y no podía hacer nuestro teatro a la altura de 1953. No pocas ideas de aquel libro histórico siguen manteniendo su vigencia en el confuso panorama del teatro español de nuestro tiempo.

Pero volvería a la carga en 1961, esta vez para publicar sus *Debates sobre el teatro europeo contemporáneo*, con la misma original visión de su anterior libro. Pocos críticos han entendido mejor la historia de la escena de nuestro tiempo y pocos han sido capaces de destruir tópicos, poner algunos mitos en su sitio y aclarar las posiciones sobre la función del teatro y su compromiso con la sociedad.



La apariencia de caballero inglés que poseía Pérez Minik no se debía sólo a sus rasgos de finura, a sus penetrantes y expresivos ojos azules, a su elegante y sobrio modo de vestir, al rito vespertino del té en su casa y a las cinco. Era la estética cultivada de un admirador del mundo anglosajón, una admiración en la que es preciso reconocer el único ciego fanatismo de este personaje. De esa admiración y de su interés por la novela, a la interpretación de la cual dedicó tantos años, nacería en 1968 su *Introducción a la novela inglesa actual*, después de que en 1953 jerarquizara los valores de la novela española del siglo pasado y del presente en medio del batiburrillo de la mediocridad de la cultura oficial del franquismo.

Todo eso desde una isla o precisamente porque el doble exilio lo estimulaba a esa clarificadora tarea suya de “poner las cosas en su sitio”, expresión ésta muy de su gusto, para entenderse. Todo eso al tiempo que tomaba el pulso en la revista *Insula*, y a lo largo de muchos años, a la novela extranjera que se editaba en España. Este trabajo daría lugar a un nuevo libro, editado en 1973. “Estas historias –dice en la introducción a la recopilación de sus recensiones– fueron siempre estupendas guías turísticas –de un turismo serio a lo Stendhal–, para el acercamiento de ese mundo ajeno que tanto echamos de menos”.

Lo suyo fue un modo de viajar a través de la literatura que lo alivió de muchos purgatorios. Todo lo hizo, en definitiva, por vivir la insularidad o por salvarse de ella.

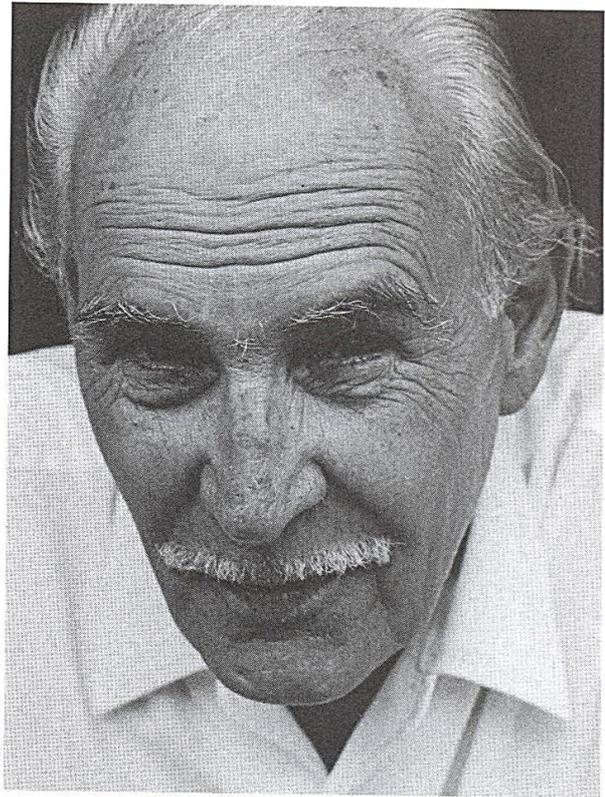
A Domingo Pérez Minik se le podía ver cada tarde con la mirada perdida frente al mar y distinguiendo las banderas de los buques extranjeros. Como si añorara descubrir entre los pasajeros de otras lenguas a esos hombres y mujeres que admiraba y sabía lejanos, todos esos que, según sus propias palabras, “tanto echamos de menos”. Alguna vez estuvo con ellos y de esos encuentros nació un libro hermoso que se llamó *Entrada y salida de viajeros*. Fue su libro de viajes más genuino y en él habló con Bertrand Russell, con Dürrenmant, con André Bretón y con Oscar Domínguez, con Aranguren, con Aleixandre y con Dámaso Alonso... Con todos ellos conversó en esta orilla suya donde ahora reposa para siempre.

Pero para entender a este insular es preciso siempre volver a sus palabras: “Vivir en las islas es una condenación y una felicidad, un purgatorio y un paraíso. Entre estos dos árboles bíblicos, el hombre canario se mueve con afán y angustia”.

Este era el hombre que nació en Santa Cruz hace ahora cien años, un crítico literario español insólito, una conciencia lúcida. Un caso raro de coraje e independencia, intocado en su aislamiento y con tan pocas ambiciones como incapaz de resentirse nunca. No concibió la literatura ajena a la vida: juzgó siempre la novela, el teatro o la poesía desde la posición en la historia que le toca vivir al hombre que escribe. Y por lo que a él tocaba, hizo todo lo posible por escribir y vivir en su tiempo sin tibiezas. Era tolerante, dialogante y atento oyente de los otros, pero beligerante ante toda



impostura, ya fuera literaria, social o política. De modo que su mansedumbre y su elegancia se mantenían incólumes hasta que llegaba el momento de plantarle cara a las simulaciones y a los engaños con la misma rotundidad con que se rebelaba contra los aldeanismos culturales desde su posición cosmopolita o contra los espectáculos vacíos de esencia de las falsas vanguardias o de las pedanterías de postín. Desde su condición de insular, en tierra de nadie y de todos, vivió con vocación de exilio o de permanente extranjería. Siempre mirando al mar, anhelante, pendiente de todo lo que hay detrás de las fronteras, y siempre mirando adentro, al espacio interior donde cuajaban sus ideas, donde sus nobles sentimientos forjaban al hombre íntegro que conoció la cárcel, la represión y el silencio impuesto. En definitiva, y para lo mejor, un insular en toda regla. Socialista y demócrata sin fisuras, quizá le hubiera hecho gracia que su cumpleaños coincidiera con el día de reflexión de unas elecciones democráticas que esperó tanto, pero su voto no necesitó nunca de un día para pensárselo. A quienes lo quisimos tanto, nos basta con recordarlo para vernos obligados a actuar con la consecuencia de su ejemplo.



Domingo Pérez Minik, Foto: Carlos A. Schwartz

(Fragmento de la conferencia pronunciada por su autor en el acto de apertura del centenario del Ateneo de La Laguna)

